

á la Reforma importantes territorios, débese al solitario del Escorial, que fué la cabeza, el caudillo, el adalid y el campeón victorioso de la reaccion católica.

Pero bajo el punto de vista político, no estuvo Felipe á esta altura: todos sus planes fracasaron y si algunos tuvieron éxito fué en perjuicio de su patria. La única conquista que llevó á cabo, la del pequeño y débil Estado de Portugal, no fué duradera; pues á los sesenta años Portugal, por medio de una afortunada revolucion, consiguió sacudir el yugo de Castilla que solo había atraído sobre él males físicos y morales, calamidades y miserias. El Estado español y la dinastía española completamente debilitados, fueron la única herencia que dejó Felipe II, los únicos resultados de su aspiración á la monarquía universal. En esta empresa inaudita y sobrehumana se habían agotado todas las fuerzas del pueblo y de la casa reinante. Pocas décadas subsistió el terrible fantasma de la potencia española, que en realidad no era ya mas que un cuerpo sin sangre y sin vida, hundiéndose por completo el debilitado reino, bajo la dominación de ineptos monarcas, y arrastrando despues una vida pobre é insignificante.

CAPITULO XI

ADVENIMIENTO DE LOS ESTUARDOS EN INGLATERRA

Escritores y hombres de Estado ingleses.—Essex.—Derrota de Isabel ante el Parlamento.—Muerte de Isabel.—Jacobo VI.—Su gobierno en Escocia.—Negociaciones de Jacobo VI con las potencias católicas.—Coronación de Jacobo VI en Inglaterra.—Jacobo I retratado en sus escritos.—Paz entre Inglaterra y España.

Desde el desastre de la armada Invencible, la reina Isabel tomó audazmente la ofensiva contra los españoles y defendió á Enrique IV de Francia en sus luchas contra los amigos y aliados de España. Esta atrevida política produjo los felices resultados que constantemente había deseado Burghley para Inglaterra. Ciertamente este hombre de Estado no había creído en la posibilidad de que España fuera vencida en una sola batalla; pero lo que se había conseguido era ya de bastante importancia. Inglaterra estaba segura de verse protegida contra todo nuevo ataque que intentaran los españoles, mediante las excursiones que sus escuadras y sus tropas hacían casi anualmente por los territorios españoles, cuyos ejércitos estaban hartos ocupados en Bretaña, en París y en los Países Bajos. Además Isabel había detenido en el continente los progresos de la Contrareforma, lo cual equivalía á detener los del poder de España.

Los triunfos conseguidos durante la última década produjeron gran efecto, aun en la vida intelectual de la nación inglesa, dándole extraordinario impulso. El pueblo inglés comprendía que en el mundo significaba algo el hecho de luchar con valor y habilidad por un gran principio, y que esto aumentaba la fuerza, el bienestar y la actividad interiores. La literatura nacional, que en aquella época se desarrolló en Inglaterra, fué tan propia é independiente como nunca lo había sido ni lo volvió á ser. Entonces apareció Edmundo Spenser con su *Reina de las hadas*, grandiosa epopeya, cuya forma recuerda los modelos italianos. Su argumento es la glorificación de la lucha gigantesca sostenida por su nación en pro de *Una*, la verdadera religión, y contra *Dnessa*, el Pontificado, y *Orgoglio*, la jerarquía, con sus crueles defensores; y al propio tiempo la exaltación de la reina Isabel, cuya figura fácilmente se adivina en los rasgos ideales de la *princesa de las hadas*, Gloriana, y en los de la joven y virginal cazadora *Belfebea*. El gusto literario actual puede encontrar exageradas las alabanzas que Spenser prodiga, no solo á las virtudes, sino á la belleza de la soberana

que entonces contaba cincuenta y cinco años; pero hay que tener en cuenta que Isabel era á la sazón considerada como la encarnación de la grandeza, de la libertad y de la independencia religiosa de Inglaterra.

Durante el reinado de Isabel, nació también el drama inglés, el cual, además de una rara perfección interior, ostentaba un tinte eminentemente nacional, así en el fondo como en la forma que era el *verso blanco*, expresión, entonces y aun ahora, de la poesía dramática inglesa. También la poesía se relacionó íntimamente con la reina. ¡Cuánto favoreció la soberana el primer teatro (*Black-Friars*) que se fundó en 1576, y cómo se agrupaban al rededor de ella los poetas dramáticos! No es este el lugar mas á propósito para hablar del mérito de Greene, Marlowe, Beaumont, Fletcher, Ben Jonson y Massinger: todos quedan oscurecidos ante el espléndido sol de Shakespeare, gran dramaturgo de todos los tiempos, á la par que el mas ardiente de los patriotas. Su tarea predilecta fué trazar la historia de Inglaterra en una serie de grandiosos y atrevidos cuadros; pero no con la sangre fría y la tranquilidad de un historiador que estudia el pasado de su pueblo, sino partiendo para este estudio del punto de vista de un inglés patriota y protestante, desde el cual analizaba y describía los hombres y los sucesos de remotas épocas. Sus dramas históricos fueron en seguida populares y estimulaban al ejemplo. Bajo los constantes auspicios de la reina, construyéronse en Londres y en sus arrabales once teatros (1). La presión de los acontecimientos que entonces sentía el pueblo inglés hacia que éste se interesara vivamente por las escenas de la vida dramática.

De esta suerte aquella generación robusta, consciente, y tan eminentemente nacional se familiarizaba con la antigüedad que tanto gustaba y tanto había estudiado la misma reina desde su juventud. Las señoras mas distinguidas sentían por lo antiguo la misma afición que los hombres: lady Ana Bacon, madre del ilustre filósofo y hombre de Estado, escribía el griego con tanta perfección como traducía al inglés las obras italianas. Los antiguos clásicos constituyeron desde entonces el estudio predilecto de las clases elevadas é instruidas de Inglaterra. Camden, á instancias de Burghley, escribió en latín la historia de Isabel, tomada de los documentos oficiales que se le facilitaron, y su obra es moderada y fiel, aunque en sentido completamente realista. Camden se encontraba en medio de un círculo de eruditos formales y estudiosos. Los altos fines y el espiritualismo de aquella época y el divulgado estudio de la antigüedad, llenaron las composiciones literarias de un énfasis que, en nuestros tiempos, puede parecer ampuloso, pero que, entonces, era la expresión de la poesía y de la filosofía. Hijo de aquel período, protegido por Isabel, aunque no muy favorecido en su actividad pública, fué Francisco Bacon (2), que comenzó su carrera literaria bajo el reinado de aquella princesa, para terminarla durante el de su sucesor. En la corte de Isabel vivía Walter Raleigh, héroe marino (3), docto y poeta, que sin ser un genio en nada, era un talento en todo, pero cuyo carácter era desgraciadamente cínico y licencioso.

Pero lo mas importante era la pléyade de ilustres hombres de Estado que se agrupaban en torno de Isabel. Junto á lord Burghley, que solo sobrevivió ocho años á su amigo y colaborador Walsingham, muriendo en 1598 cuando contaba 78 años de edad y 40 de primer ministro, encontramos á

(1) Hallam: *Introducción á la historia de la Literatura*, II, III, Sección 3.

(2) Ch. de Remusat: *Bacon, su vida, su tiempo y su filosofía* (París 1857).—Spedding: *Cartas y vida de Lord Bacon*, 7 tomos (Londres 1862-1874).

(3) Mejor dicho pirata.

(N. del T.)

su hijo, Roberto Cecil, que sin ser comparable con su padre, había heredado de este la astucia, actividad y habilidad para resolver los negocios. Además vemos á Eduardo Coke, procurador general de Isabel, y juriconsulto el mas erudito de su época; al ya mencionado Bacon, abogado extraordinario de la reina, tan temido como apreciado por su ingeniosa elocuencia, y sobresaliente entre todos por su instrucción filosófica y por sus sin iguales dotes de inteligencia. Como este, estaba también dentro de la vida de la corte sir Walter Raleigh.

Ninguno, sin embargo, tan predilecto de la reina como Roberto Devreux, conde de Essex, hijo del conde Walter Essex que, á consecuencia de una injusta animosidad de Leicester, se había visto privado de todo auxilio mientras combatía como general á los rebeldes irlandeses, y murió poco despues de pena y de cansancio. Díjose entonces que Leicester le había envenenado (1). Casada la viuda con el adversario de su difunto esposo, su hijo Roberto que á la sazón contaba nueve años, pues había nacido en 1567, intimó con el padrastro que le quería entrañablemente, y que le introdujo en la corte de Isabel. Muerto Leicester en 1588, el joven Essex, de bello aspecto y de caballerescas costumbres, fué su sucesor en el favor íntimo de la reina. Ya sabemos que Isabel, á pesar de su ancianidad, no podía pasar sin sentimentales homenajes; así es que las relaciones entre Essex y la soberana, que podía ser su abuela, tomaron muy pronto las apariencias de una verdadera pasión amorosa, que en realidad por parte de Essex no existía. Essex pensaba utilizar el favor de la reina para realizar sus vastos proyectos: quería suavizar el rigor de las leyes político-religiosas dictadas contra los católicos y especialmente contra los puritanos, unir toda la Inglaterra para entablar la lucha con España y atacar á esta en sus posesiones de Ultramar, contando para ello con el auxilio de los indios, tan maltratados por los españoles. Era esta, como se ve, una combinación atrevida, vasta y no mal concebida.

El favor que Leicester le había dispensado le atrajo la enemistad de Burghley, el cual censuraba tanto mas sus planes cuanto que él había ya terminado con una paz honrosísima la lucha entablada con el rey de España. Essex, elevado por la reina al cargo de gran mariscal de Inglaterra, venció en esta discordia á su anciano adversario, continuando, en su consecuencia, la lucha contra los españoles. Sin embargo, la antipatía que el padre sentía hacia el joven favorito la heredó el hijo de Burghley, el secretario de Estado sir Roberto Cecil. Este astuto jorobado, que nunca retrocedió ante adversario alguno, fué muy pronto el enemigo mortal de Essex, y á él se unieron todos aquellos que envidiaban la elevada posición del favorito, es decir, casi toda la corte. En cambio los católicos y los puritanos, que componían una tercera parte del pueblo inglés (2), el ejército y especialmente los oficiales apoyaban á Essex, á quien consideraban como caudillo.

Los últimos quince años del reinado de Isabel, es decir, desde la catástrofe de la Invencible, son como el epílogo de un gran drama. El interés decayó en aquel período porque todas las cuestiones habían sido resueltas. La protagonista de la obra, la reina, desapareció de la escena y dejó la acción á cargo de los jóvenes inteligentes, instruidos y ambiciosos que se combatían mutuamente en la corte para alcanzar una preponderancia, á saber: los partidarios de Essex, por un lado, y por otro los de Cecil, que eran superiores en número.

Confiado en el favor de la reina, Essex hubiera triunfado

(1) Aikin: *Memoirs of the Court of the Queen Elizabeth* (3.ª edición: Londres 1819), II, 49.

(2) *Relación de Nicolás Molin. Parozzi y Berchet. Serie IV, 47.*

de sus adversarios, si sus cualidades hubiesen correspondido á sus proyectos, y si las circunstancias exteriores no hubiesen luchado contra él. Sus empresas guerreras no obtuvieron el éxito que se había esperado, pues si bien tomó en 1596 la ciudad de Cádiz, no pudo conservarla, ni consiguió ventaja alguna duradera contra España. Además, no supo tener para con la anciana reina la paciencia y las consideraciones necesarias. Creyendo seguro el amor de esta, mostrábase á menudo desdeñoso y frío para con ella, lo cual la indignó sobremanera, aumentando cada día mas el furor que en ella despertaba tal conducta. Orguloso y petulante, hizo todo lo posible para atraerse la real antipatía, confiando en que en último caso podría abandonar á la reina y apoyarse en el pueblo y en el ejército. Una de las cosas que mas indignaron á Isabel fué que Essex se casara secretamente con la hija de Walsingham; pero á pesar de todo, la conducta que el conde seguía para con ella era tan impertinente y poco respetuosa, que la reina, ciega de furor por verse engañada y despreciada, dióle un bofetón. Essex entonces echó mano á la espada en actitud amenazadora, y desde aquel momento á pesar de su aparente reconciliación, no volvió á reinar buen acuerdo entre la reina y su ex-favorito. Las cartas de este á la reina son manifestaciones claras de su antipatía. En sus conversaciones, lanzaba sobre la reina mordaces epigramas que sus enemigos se apresuraban á referir á la soberana recargándolos aun mas, hasta que Isabel resolvió, y la razón le sobraba para ello, poner fin á situación tan insostenible alejando temporalmente al conde de la corte. Para ello se le ofreció una ocasión oportuna, pero triste por cierto.

Fué esta una nueva sublevación de los irlandeses, mas importante y peligrosa que las anteriores. En vano desde 1584 el excelente gobernador, sir John Perrot, había intentado atraerse por medio de la dulzura y de la conciliación á los católicos irlandeses: la codiciosa impaciencia del clero anglicano, y el menosprecio con que los soldados y colonos ingleses trataban á los indígenas, echaron por tierra sus bien concebidos planes. Esto despertó nuevamente el odio implacable de los irlandeses contra Inglaterra y contra los ingleses, y su profunda antipatía era tanto mas peligrosa, cuanto que gran número de irlandeses habían combatido á sueldo de la Liga y de España, y el partido nacional podía de esta suerte disponer de otros tantos guerreros experimentados. Pronto se presentó un caudillo, que fué Hugo O-Neal, hombre eminente, elevado por la reina de Inglaterra á conde de Tyrone. Los españoles y el Papa les excitaban á la lucha, y por eso los rebeldes esperaban poder contar con el auxilio de España y de Italia. En 1594 estalló la sublevación, cuyo objeto era, y así en alta voz se proclamaba, liberar la isla para siempre del yugo de los ingleses. Estos sufrieron en Blackwater una gran derrota que puso en manos de los sublevados las cuatro quintas partes de Irlanda.

Essex no había dejado de censurar públicamente la conducta de los caudillos ingleses en Irlanda y de hacer, en el Consejo privado, objeciones contra todos sus planes, y entonces la reina le confió, en la primavera de 1599, el supremo mando de un nuevo ejército de 22,000 hombres enviado contra los rebeldes isleños. De mala gana obedeció Essex el real mandato, y contra su voluntad se separó de la reina y de la corte, dejándolas entregadas entonces á la exclusiva influencia de sus enemigos, para hacer contra los incultos irlandeses una guerra, en la cual no podía conquistar gran renombre. Entonces decidió, al parecer, ir prolongando la lucha y crearse en el ejército que le había sido confiado una verdadera potencia para resistir, aun sin el apoyo de la reina, á sus adversarios. Al poco tiempo, firmó con Tyrone un armisticio muy vergonzoso, en virtud del cual solo quedó á la

corona de Inglaterra una sombra de soberanía en Irlanda, ya que el gobierno político y religioso pasaba, en realidad, á manos de los católicos irlandeses. Su ambición era dejar que la Irlanda se gobernara en cierto modo á sí misma y reanudar en seguida la lucha con España, que podía proporcionarle laureles y riquezas sin cuento.

Pero solo al frente de su ejército hubiera podido obligar á Isabel y á sus consejeros á proceder de un modo tan contrario á la política que hacia años se seguía en Inglaterra. Aquella empresa no hubiera sido imposible, porque los oficiales y los soldados estaban cansados de la guerra en Irlanda, y así lo había pensado también Essex en un principio; pero en el momento de obrar, parecióle tal decisión demasiado peligrosa y prefirió poner otra vez en juego su influjo personal para con la reina. A este fin, y á pesar de la prohibición formal que se le había hecho de volver á Inglaterra, abandonó á fines de setiembre de 1599, su ejército en Irlanda, dirigiéndose á Londres y sorprendió á Isabel en su dormitorio. La reina le recibió, en un principio, benévolamente, pero poco á poco la voz de la antigua pasión fué sofocada por la indignación que los caprichos y la desobediencia del favorito habían producido en su ánimo, y en la misma tarde de su llegada fué Essex reducido á prisión. Por mandato expreso de Isabel, formósele un proceso ante el tribunal político de la *Cámara estrellada*, la cual le condenó á la suspensión de todos sus cargos y al arresto en su propio domicilio. Essex estuvo algún tiempo tranquilo, esperando que se le concediera gracia, pero en vista de que se pasaban meses y meses sin que la reina revocase el fallo, perdió la paciencia. Con indignación supo entonces (1600) que Isabel entraba, en Boulogne, en negociaciones de paz con los españoles, y entonces reanudó las antiguas relaciones que en Escocia tenía, como partidario que había sido en otro tiempo de la dominación de los Estuardos en Inglaterra. Rodeóse además de algunos lores ingleses, esperando que el pueblo de Londres que tanto le quería, se levantaría por él: los sacerdotes, especialmente los puritanos, oraban por él públicamente; y en 8 de febrero de 1601 redujo á prisión á algunos emisarios que la reina le envió para pedirle cuentas de sus intrigas y preparativos, y con sesenta hombres armados recorrió las calles de Londres, excitando á los ciudadanos á que se sublevaran en su favor. En todas partes fueron rechazadas tales excitaciones y Essex tuvo que entregarse muy pronto á discreción á las reales tropas. Siempre había mostrado inoportunamente tanto su audacia como su debilidad: así es que no pudo conjurar su trágica suerte.

En el fondo, el pueblo estaba ciertamente en su favor; pero esto no hacía mas que aumentar la indignación y los temores de la reina. Mientras los enemigos de Essex permanecían confiados, pues contaban segura su ruina, sus amigos le abandonaron. Bacon, á quien había prodigado grandes beneficios y á quien había salvado de la miseria, fué suficientemente bajo y servil para proceder contra él con rigor sumo, cuando se vió elevado al cargo de abogado del Estado. Essex fué condenado á muerte; Isabel vaciló algunos días en confirmar la sentencia, pues esperaba que el conde, deponiendo su orgullo, se humillaría á pedirle gracia, en cuyo caso se hubiera contentado con imponerle un ligero castigo; pero Essex no quiso dar aquel paso y, en su consecuencia, fué decapitado en 25 de febrero de 1601.

El pueblo le compadeció sinceramente y conservó odio profundo hácia sus enemigos Cecil, Raleigh y Bacon, y hácia la reina misma que parecía haber querido servirse de él como de un simple instrumento. Isabel, para justificarse, hizo que Bacon escribiera una acusación contra su antiguo protector y bienhechor; pero pronto conoció que la opinión pública

del reino se apartaba de ella y que se preparaba un nuevo período con tendencias peligrosas. Su Parlamento habló de un modo que demostraba que la humillante sumisión á la monarquía, tal como era un siglo antes, había desaparecido por completo y que los Comunes de Inglaterra se sentían entonces animados de un espíritu nuevo é independiente. En el Parlamento de 1597 y especialmente en el de 1601, después de la muerte de Essex, la Cámara baja se expresó en términos muy violentos contra el monopolio de los derechos comerciales que la reina solía dar á sus favoritos para recompensarles, sin que á ella le costara nada la recompensa. El monopolio no se limitaba á los artículos de lujo, sino que se extendía á los de primera necesidad, como la sal, los cueros, los carbones, que los consumidores, es decir, todo el pueblo, pagaban á precios elevadísimos, y que eran infamemente adulterados. En vano la reina había manifestado, en 1597, la esperanza de que «sus leales y amantes súbditos no verían arrebatadas sus prerogativas que constituían la mas hermosa flor de su jardín y la mas preciosa perla de su corona.» En 1601 estalló nuevamente la tempestad en la Cámara baja: en la tribuna pública se leyó la lista de los monopolios, exclamándose: «Pronto veremos en ella el pan.» Los discursos de los individuos adictos á la reina no produjeron efecto alguno, hasta que Isabel en persona cedió y declaró que todos los monopolios existentes quedaban derogados y nunca podrían ser nuevamente establecidos (1).

Isabel, pues, hubo de someterse á las exigencias de su pueblo, viéndose precisada á sacrificar una parte importante de las reales prerogativas de que hasta entonces había gozado. También en lo que á la política exterior se refería, tuvo que renunciar á sus ideas pacíficas y seguir los mismos planes que había concebido Essex y á cuya realización se debía en gran parte la muerte de este.

Al rechazarse el armisticio que el conde había firmado con Tyrone, estalló de nuevo la lucha en la vecina isla: los españoles enviaron, al auxilio de los irlandeses, un ejército conducido por D. Juan de Aguilar y Ocampo. La noticia del apoyo que los españoles prestaban á la Irlanda despertó á Isabel de su sueño de paz, probándose entonces que la reina de Inglaterra no podía vivir amistosamente con el rey católico, y que las negociaciones de 1600, como las de 1587, no habían servido mas que para ofrecerle una seguridad mentida. La astucia de los españoles no tuvo ciertamente esta vez mejor éxito que cuando la empresa de la armada Invenible. En efecto, la primera escuadra que allí enviaron fué destruida por una tempestad apenas se hizo á la vela; y cuando la segunda, mas feliz, logró desembarcar sus tropas en Irlanda, y Aguilar, general del «santo ejército», excitó á los católicos irlandeses á que se sublevaran, el ardor de los rebeldes se había disminuido considerablemente, y los españoles fueron friamente acogidos (2). El nuevo gobernador general de Irlanda lord Mountjoy, derrotó al ejército católico en Kinsale (diciembre de 1601) de tal suerte que los españoles tuvieron que evacuar por completo la isla en los primeros días del siguiente año. Mountjoy aconsejó á su soberana que hiciera un arreglo con los rebeldes satisfaciendo algunas de sus exigencias y prometiéndoles una amnistía.

De esta suerte las circunstancias obligaron á la reina á seguir en todo la política que contra ella había defendido Essex. Isabel quería, sobre todo, tomar venganza de España, y estaba decidida á seguir contra ella una lucha general. A este efecto, en enero de 1602, invitó al rey de Francia y á la República de Venecia á atacar á España en su propia pe-

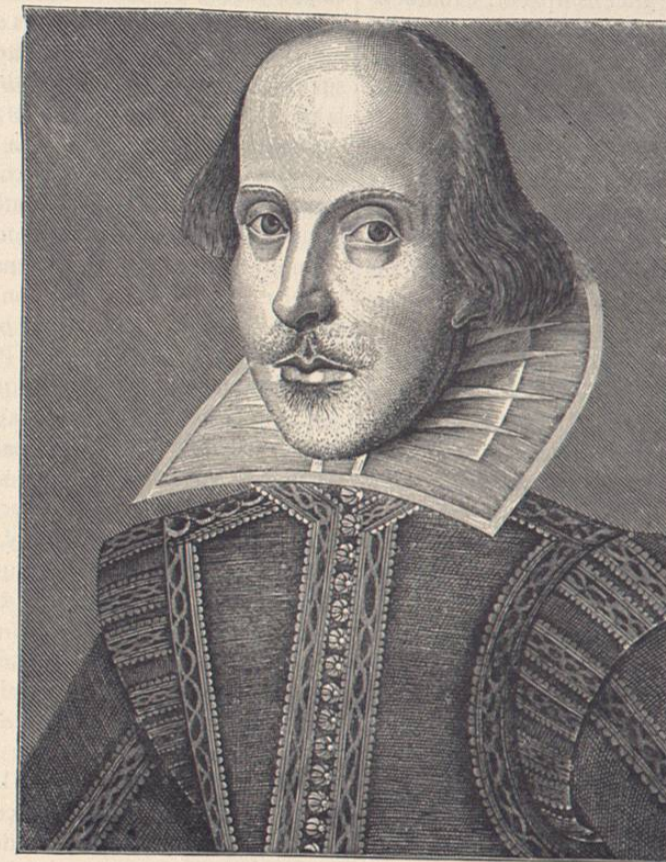
(1) Hallam: *Historia constitucional de Inglaterra*, cap. V (tomo I, pág. 351.—Edición de París de 1827).

(2) Lafuente: *Historia general de España*, XV, 320.

nínsula y en sus posesiones italianas, y se aprestó una escuadra inglesa que debía presentarse ante las costas españolas é intentar nuevamente la separación del Portugal de la corona de Castilla.

Sin embargo Isabel se convenció pronto de que ni en su país ni en el extranjero gozaba ya de la consideración que antiguamente había tenido: efectivamente, Enrique IV le hizo contestar: «que el rey haría por Inglaterra cuanto pudiese, pero que no podía en manera alguna turbar la paz y declararse abiertamente contra España,» y Venecia envió á Londres un embajador que, en vez de tratar de los preliminares para una guerra común contra España, se limitó á formular severas quejas contra los corsarios ingleses. Isabel

dió á conocer la ira y el disgusto que estas negativas le causaron en las duras palabras con que contestó al veneciano (1). Sus hombres de Estado y sus allegados se cuidaban ya poco de ella, procediendo á su antojo y procurando captarse las simpatías del rey de Escocia, que en breve había de ocupar el trono de Inglaterra. Isabel vióse en su vejez (pues contaba setenta años) completamente aislada, sin defensa ni amparo en su corte ni en su pueblo, que desde los últimos años y especialmente desde la muerte de Essex se mostraba frío é indiferente con ella. Esto hizo que cada día pensara mas en aquel desdichado á quien tanto había querido, y cuyos consejos habían sido, preciso le era reconocerlo, los mejores. En sus conversaciones con el embajador francés Beaumont (2)



Guillermo Shakespeare. Facsímile de un grabado en cobre de Martín Droesbont, publicado en una edición de las obras de dicho autor, 1623

se descubre cuán incesantemente recordaba todo esto, y cuánto empeño ponía en disculparse de su poco premeditada resolución, sin que nunca pudiera conseguirlo. Cuando hablaba de Essex se le llenaban los ojos de lágrimas. En mayo de 1602 decía ya que «estaba cansada de vivir, porque nada había que le diera satisfacción ni le causara alegría (3).»

(1) Dijo: «No puedo tomar á bien que en los cuarenta y cuatro años de mi reinado, la República de Venecia no me haya hecho oír mas que quejas, y que, así en las favorables como en las adversas circunstancias, no me haya dado nunca una prueba de que tenia conmigo y con mi reino la misma consideración que hacía con príncipes y soberanos.» Despacho del embajador veneciano Scaramelli, Barozzi y Berget. Serie IV, pág. 14.

(2) Raumer: *Cartas de París*, II, 231.

(3) Estas expresiones de Isabel, dichas un año antes de su muerte, son la refutación mas completa de la absurda historia del anillo que se supone enviado por Essex á la reina, en demanda de gracia, y que la condesa de Nottingham interceptó, no dejándolo llegar á su destino. La fábula añade que catorce días antes de morir Isabel, la condesa lo declaró todo, y que desde entonces la reina, desesperada, deseó la muer-

te y se negó á tomar alimento alguno. Esta narración apareció ochenta años después, pero de ella no tuvieron noticia alguna los contemporáneos.

(4) Relación de su pariente Roberto Cary, conde de Monmouth, que, en parte, fué testigo presencial de los sucesos y, en parte, los oyó re-

te y se negó á tomar alimento alguno. Esta narración apareció ochenta años después, pero de ella no tuvieron noticia alguna los contemporáneos.

(4) Relación de su pariente Roberto Cary, conde de Monmouth, que, en parte, fué testigo presencial de los sucesos y, en parte, los oyó re-